
DANIEL PENNAC

LA FELICIDAD DE LOS OGROS



E T I Q U E T A



N E G R A

Bombas en los grandes almacenes, un papá Noël sospechoso, niños y juguetes... Una novela sorprendente.

* * *

«Una novela única.»

Patrick Reynal

* * *

Pennac, la gran revelación de la novela policiaca francesa, candidato al premio Hammett de la AIEP.

NOTA

Daniel Pennac (de origen Pennaccioni) nació en Casablanca en diciembre de 1944 en una familia de militares. Su infancia transcurrirá en África y al Este de Asia. Profesor durante seis años de niños bajo vigilancia judicial por problemas de conducta criminal. Autor de ensayos, literatura infantil, literatura satírica.

La felicidad de los ogros, publicada en Francia en 1985, marca su incorporación al género negro. Basada en la historia de las bombas puestas en los grandes almacenes de París en 1975, Pennac hace la crónica. El libro obtiene la Mención al premio de la villa de Reims, consiguiendo cuatro estrellas (el máximo nivel) en la clasificación que la revista Polar ofrece a sus lectores, y es calificado por M. J. Naudy como el «mejor debutante del año».

Su segunda novela, El hada carabina, tras haber obtenido multitud de premios en Francia ha sido nominada como la mejor novela policiaca publicada en francés por la Asociación Internacional de Escritores Policiacos y es candidato al premio Hammett.

PIT II

CAPÍTULO UNO

La voz femenina desciende del altavoz, suave y prometedora como un velo de novia:

—Señor Malaussène, acuda a la Oficina de Reclamaciones.

Una voz difuminada, como si las fotos de Hamilton se hubieran puesto a hablar. Sin embargo, tras ese halo de miss Hamilton, advierto una ligera sonrisa. Una sonrisa nada tierna, por cierto. En fin, allá voy. Con un poco de suerte estaré allí la semana que viene.

Estamos a veinticuatro de diciembre, son las cuatro y cuarto de la tarde y los almacenes están a tope de gente. Una densa multitud de clientes atiborrados de regalos obstruye los pasillos. Un glaciar que se desliza imperceptible en medio de un sombrío nerviosismo. Sonrisas crispadas, sudor brillante, insultos solapados, miradas de odio, alaridos aterrorizados de niños atrapados por Papás Noël de algodón hidrófilo.

—No tengas miedo, cariño. ¡Si es Papá Noël...!

A guisa de Papá Noël, veo uno, gigantesco y diáfano irguiendo su formidable silueta de antropófago entre este tumulto petrificado. Tiene la boca color cereza. Una barba blanca. Una agradable sonrisa. Unas cuantas piernas de niño le salen por la comisura de los labios. Se trata del último dibujo del Peque, ayer en la escuela. Estupor en la maestra: «¿Le parece normal que un niño de esa edad dibuje semejante Papá Noël?». «Y Papá Noël —respondí—, ¿le parece a usted muy *normal*?» Cogí al Peque en mis brazos, estaba

hirviendo de fiebre. Tenía tanta calentura que sus gafas se habían empañado. Y esto le hacía bizquear aún más.

—Señor Malaussène acuda a la Oficina de Reclamaciones.

El señor Malaussène lo ha oído ya, ¡joder! Es más, se encuentra al pie de la escalera mecánica central. Y ya estaría subiendo si no se hallase clavado en el sitio a causa de la negra bocacha de un cañón estriado. Porque es a mí a quien apunta, el muy cabrón, no hay error posible. La torreta ha girado sobre su eje, se ha quedado inmóvil justo en mi dirección y, acto seguido, el cañón ha subido la nariz hasta apuntarme entre ceja y ceja. Torreta y cañón pertenecen a un carro de combate AMX-30, teledirigido por un viejo de metro cuarenta que manipula el mando a distancia emitiendo sonidos de satisfacción. Es uno de los numerosos viejecitos de Théo. Verdaderamente pequeño, muy muy viejo, identificable por el guardapolvo gris con que Théo los disfraza para no perderlos de vista.

—Ya está bien, abuelo, deje ese juguete en su sitio.

La dependienta regaña cansadamente tras la sección de juguetes. Su cabeza tiene la gracia de una ardilla que guardara sus nueces en las mejillas. El viejo suelta una protesta infantil, con el pulgar sobre el botón de «fuego». Suelto un ¡firmes! impecable y añadido:

—El AMX-30 está pasado de moda, mi coronel, sólo sirve para chatarra o para América latina.

El viejecillo lanza una mirada desconsolada sobre su juguete y después, con gesto resignado, me hace señas de que pase. La dependienta me dedica todo un tratado de gerontología con su sonrisa. Cazeneuve, el vigilante de la planta, aparece y recoge el tanque con aspecto rabioso.

—Decididamente, ¡siempre tienes que enmierarlo todo, Malaussène!

—¡Cierra el pico, Cazeneuve!

Un ambiente...

Sin el carro, el viejo se queda con los brazos caídos. Me dejo llevar por la escalera mecánica, ligeramente aliviado, como si esperara encontrar más aire arriba.

A quien encuentro arriba es a Théo. Embutido en un llamante traje rosa, haciendo cola, como de costumbre, ante la cabina del fotomatón. Me sonrío amablemente.

—Por ahí anda uno de tus bebés sembrando el pánico en la sección de juguetes, Théo.

—Mejor, así no se dedica a abrirse el guardapolvo a la salida de las escuelas.

Intercambio de sonrisas. Después, de reojo, Théo me señala la cristalera de la Oficina de Reclamaciones.

—Se diría que se preocupan por ti, ahí dentro.

En efecto, no necesito ni un segundo para comprender que Lehmann trabaja desde hace un buen rato. Parece explicarle a la cliente que la culpa es sólo mía. Las lágrimas brotan de los ojos de la mujer. En un rincón ha dejado un rollizo bebé metido a la fuerza en un cochecito descuajaringado. Abro la puerta. Escucho a Lehmann afirmar en el tono de la más franca solidaridad:

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señora, es absolutamente inadmisibile, además...

Me ha visto.

—Además, aquí está, vamos a preguntarle qué piensa de esto.

Su voz ha cambiado de registro. Del complaciente se desliza al venenoso. El asunto es sencillo. Lehmann me lo expone con una tranquilidad de hipnotizador. El bebé rollizo pone en mí su mirada alegre como el mundo. El caso es que hace tres días, mi departamento había vendido a la señora, aquí presente, un frigorífico de tal capacidad que había metido dentro la cena de Navidad de veinticinco personas, entremeses y postres incluidos. «Metido al horno» serían las palabras exactas, pues la última noche, por una razón que a Lehmann le encantaría que yo le explicase, el frigorífico en cuestión se había transformado en un cremato-

rio. Un milagro que la señora no se haya quemado viva al abrir la puerta por la mañana. Echo una pequeña ojeada a la cliente. Sus cejas, efectivamente, están chamuscadas. El disgusto que refleja a través de su enfado me ayuda a adquirir un aspecto lamentable. El bebé me mira como si yo fuera el causante de todo. Mis ojos se posan angustiados sobre Lehmann, que, con los brazos cruzados, está apoyado sobre el borde de la mesa y dice:

—Estoy esperando.

Silencio.

—Es usted el encargado del Control Técnico, ¿no?

Asiento inclinando la cabeza, balbuciendo que realmente no lo entiendo, los tests de control habían sido efectuados... —¡Lo mismo que la cocina de gas de la última semana o el aspirador del departamento del señor Boëry!

En la mirada del chiquillo, leo claramente que si hay un exterminador de bebés-foca ése soy yo. Lehmann se dirige de nuevo a la cliente. Habla como si yo no estuviera allí. Da gracias a la señora por no haber dudado en presentar su queja enérgicamente. (Fuera, Théo sigue de plantón a la puerta del foto-matón. No debo olvidar pedirle una copia de su foto para el álbum del Peque.) Lehmann piensa que es deber de la clientela contribuir al buen funcionamiento del comercio. No hace falta decir que se hará efectiva la garantía y que los almacenes le entregarán de inmediato otro frigorífico.

—En cuanto a los daños materiales consiguientes que usted misma y los suyos han padecido —así habla el ex suboficial Lehmann, recordando, en su acento, la buena y vieja Alsacia donde le dejó la Cigüeña (esa Alsacia que carbura a base de Riesling^[1])—, el señor Malaussène estará encantado de repararlos. A cuenta suya, por supuesto.

Y añade:

—¡Feliz Navidad, Malaussène!

La cliente deja de llorar. Cuando Lehmann le narra mi carrera en la empresa, cuando Lehmann le asegura que,

gracias a ella, esta carrera está a punto de terminar, ya no es cólera lo que leo en sus ojos fatigados; es confusión, luego compasión con lágrimas que brotan de repente y que en seguida tiemblan al borde de sus pestañas.

Ya está, es el momento de preparar mi surtidor lacrimal. Lo hago volviendo los ojos. Por el ventanal, sumerjo mi mirada en el torbellino de los almacenes. Un corazón despiadado bombea los glóbulos suplementarios en las arterias obstruidas. Me parece ver a la Humanidad entera arrastrarse bajo un gigantesco paquete regalo. Unos alegres globos diáfanos ascienden continuamente de la sección de juguetes para quedar atrapados contra el techo esmerilado. La claridad se filtra a través de estos racimos multicolores. Es hermoso. La cliente intenta en vano interrumpir a Lehmann que, despiadado, suelta mi currículum futuro. Nada brillante. Dos o tres empleos miserables, nuevos despidos, el paro definitivo, un asilo, y la fosa común en perspectiva. Cuando los ojos de la cliente se posan de nuevo en mí, yo soy un mar de lágrimas. Lehmann no levanta la voz. Machaca metódicamente.

Lo veo en los ojos de la cliente, ahora, no me sorprende. *La veo tal como es.* Ha bastado que me pusiera a llorar para que ella se pusiera en mi lugar. Compasión. Por fin consigue interrumpir a Lehmann cuando está cogiendo aire. Vuelta atrás. Ella retira la reclamación. Se contenta con la garantía, no pide más. Inútil hacerme pagar la cena de Navidad de veinticinco personas (en algún momento, Lehmann ha debido hablarle de mi salario). No quisiera hacerme perder mi empleo en tal fecha (Lehmann ha pronunciado la palabra «Navidad» al menos una veintena de veces). Todo el mundo puede cometer errores, ella misma, no hace mucho, en su trabajo...

Cinco minutos más tarde, abandona la Oficina de Reclamaciones provista de un vale para un frigorífico nuevo. El bebé y su cochecito permanecen atascados un segundo

más en la puerta. La cliente se abre paso soltando un sollozo nervioso.

Lehmann y yo nos quedamos solos. Por un momento lo veo coñarse.

—¿Fatiga o qué?

Murmuro:

—Menudo par de cabrones, ¿eh?

Su jeta de perro se abre cuan grande es para contestarme. Pero algo se la cierra.

Algo que sube del centro de los almacenes. Es un estampido sordo. Seguido de alaridos.

CAPÍTULO DOS

Aplastamos nuestras narices contra el ventanal. No vemos nada. Empujados hacia arriba por la onda expansiva, dos o tres mil globos nos ocultan los almacenes. Cuando se desplazan lentamente hacia la luz nos descubren lo que hubiera preferido no ver.

—Mierda —murmura Lehmann.

El pánico de los clientes es total. Todos buscan una salida. Los más fuertes aplastan a los más débiles. Algunos corren directamente por los mostradores sembrados de calcetines y bragas. Por todas partes dependientes o vigilantes de planta intentan frenar el pánico como pueden. Un tipo enorme de chaqueta violeta sale lanzado a través de un escaparate de cosméticos. Abro la puerta de cristal de la Oficina de Reclamaciones. Es como si hubiera abierto una ventana en medio de un tifón. Los almacenes son un solo quejido. Junto a mí, el altavoz trata de restablecer la calma. Si no existiera el riesgo de morir de otra cosa, la voz de miss Hamilton nos haría morir de risa; un vaporizador en pleno huracán. Abajo, es la guerra. Arriba, los globos han recobrado su transparencia. Toda esta escena de terror está bañada de una luz rosácea de extraña suavidad. Lehmann logra acercarse a mí y me chilla al oído:

—¿De dónde procede esto? ¿Dónde ha estallado?

(Hay como un resto de excitación indochina en su voz de viejo soldado.) No sé dónde ha estallado. Un montón de cuerpos erizados de brazos y de piernas bloquea por completo la escalera móvil. Los clientes la suben de cuatro en cuatro, pero retroceden bajo el empuje de una oleada

procedente de la planta superior. En un instante, todo el mundo se acerca a la escalera mecánica y bascula sobre el tapón humano que se agita y aúlla.

—¡Mierda! —grita Lehmann—, mierda, mierda, mierda...

Se lanza hacia la escalera abriéndose camino con los codos, se precipita sobre la palanca de control e inmoviliza la máquina.

A la puerta del fotomatón, Théo contempla a la luz los cuatro retratos de su cabeza. Parece satisfecho. Me tiende una de las fotos:

—Toma —dice—, para el álbum del Peque.

Y después llega la calma. Llega la calma, porque a pesar de todo, no pasa nada. Algo ha explotado en alguna parte, pero después nada más. Entonces, la calma vuelve. Y en seguida se puede escuchar a la suave Hamilton rogar a nuestra amable clientela que abandone ordenadamente los almacenes e insta a nuestros empleados a que vuelvan a sus mostradores. Y esto es exactamente lo que ocurre. La multitud fluye despacio hacia las salidas. Deja tras de sí un confuso panorama de bolsos, zapatos, paquetes multicolores y niños abandonados. No me sorprendería encontrar una centena de cadáveres. Pero no. Aquí y allá algunos empleados ayudan a clientes medio atontados, que finalmente se levantan y alcanzan las salidas renqueando.

Una pequeña puerta lateral se reserva para la policía. Es por allí por donde hacen su entrada los polizontes. Se dirigen directamente hacia la sección de juguetes. ¡La sección de juguetes! Rápidamente pienso en la dependienta ardilla y en el viejo de Théo. Bajo a saltos la escalera móvil inmovilizada, con un presentimiento que, como todos los presentimientos, resulta ser falso. El cadáver es el de un hombre sexagenario que alguna vez debió de ser barrigudo a juzgar por lo que su vientre ha esparcido en derredor. La bomba casi le ha partido en dos. Vomitando lo más discretamente posible, a saber por qué, pienso en Louna. En Lou-

na, en Laurent, y en el niño. Las tres veces que me llama, lo mismo: «Un consejo, Ben, tu opinión». ¿Qué puedo aconsejarte, querida mía, tú me has visto bien?

Pensamientos salvajes mientras cubren con mantas al cliente desparramado.

—Nada agradable, ¿eh?

El poli me dedica una amable sonrisa. En el estado en que me encuentro es mejor que nada. Respondo, más que nada por agradecimiento, pero sin pasarme:

—No mucho, no.

Mueve la cabeza y dice:

—¡Pues los suicidios del metro, son peor!

(Qué reconfortante...)

—Carne por todas partes, dedos colgando. Lo sé bien, porque como soy novato en el cuerpo, siempre me toca a mí recoger el pastel.

No es un poli. Es un bombero. Un bombero de azul oscuro con ribetes rojos. Muy bajito. En su cinturón resplandece un casco mayor que él.

—Pero lo insoportable, sabe, son los cadáveres calcinados de la carretera. Despiden un tufo que no se despega. Te apesta el pelo durante quince días.

Ya no hay globos en el techo de la sección de juguetes. Todos han sido barridos por la explosión, están arriba, contra la vidriera. Alguien se lleva a mi ardillita sollozando. El bombero me señala el cuerpo cubierto:

—¿Se ha fijado? ¡Tenía la bragueta abierta!

(Como para fijarme.)

Afortunadamente, los altavoces me separan del amable bombero. (Salvado por el gong, como si dijéramos.) También los empleados son invitados a abandonar los almacenes. Pero no París. Exigencias de la investigación. Feliz Navidad.

Al fondo de la sección de juguetes, me agencio una pelota multicolor y la escondo en mi bolso. Una de esas pelotas que botan indefinidamente. También yo tengo regalos

que hacer. En la sección de al lado la camufló con papel estrellado. Dejó el uniforme de servicio en el vestuario y salió.

Afuera, la multitud amontonada aguarda que los almacenes exploten por completo. El frío glacial me descubre que allí dentro me moría de calor. La muchedumbre está afuera, espero que no esté en el metro.

También está en el metro.

CAPÍTULO TRES

Tengo un hueco de tres por seis por nueve en Père-La-chaise^[2], en el 78 de la calle Folie-Régnault. Cuando llego, el teléfono está suena que te suena. Siempre me acelero cuando llaman.

—Ben, ¿no tienes nada?

Es Louna, mi hermana.

—¿Cómo nada?

—La bomba, en los almacenes...

—Todo el mundo ha saltado por los aires, soy el único superviviente.

Se ríe. Calla. Y luego dice:

—A propósito de explosiones, he tomado una decisión.

—¿De qué tipo?

—Del tipo minibomba. Mi pequeño inquilino, voy a hacerle estallar. Aborto, Ben. Al que quiero conservar es a Laurent.

Silencio de nuevo. La oigo llorar. Pero desde muy lejos. Hace lo posible para que no me entere.

—Escucha, Louna...

¿Escucha qué? La historia de siempre. Ella, la amable enfermera y él, el atractivo doctor, el flechazo, la decisión de unir sus vidas hasta la muerte, ella, él, y nada más. Pero con el paso de los años aparece el deseo de un tercero en discordia. El femenino instinto de reproducción: la vida.

—Escucha, Louna...

Ella escucha, pero yo no digo nada, y por fin dice:

—Escucho.

Y entonces hablo. Le digo que tiene que conservar a ese pequeño inquilino. Que se ha librado de los anteriores porque no amaba a sus papás, ¡pero que no va a librarse ahora de éste por amar demasiado al padre! ¿Eh? ¿Louna? En serio, deja de decir tonterías. («Deja de decir las tú también», murmura una voccecita familiar en mi conciencia, «pareces de los del ¡Dejadles vivir!».) Pero continúo, estoy lanzado:

—De todas formas, ya no sería nunca como antes, odiarías a muerte a tu Laurent. ¡Te conozco! No se trataría sólo de plantar un par de ovarios en las narices del abortero, sino más bien de una especie de depresión, a ver si me entiendes.

Llora, se ríe, vuelve a llorar. ¡Media hora!

Casi no he colgado el teléfono, hecho polvo, cuando vuelve a sonar.

—Hola, chiquitín, ¿qué tal?

Mamá.

—Bien mamá, bien.

—Una bomba en los almacenes, ¿te das cuenta? ¡Seguro que esto no habría pasado en nuestro bazar!

Se refiere a la simpática ferretería de la planta baja donde pasé mi infancia sin tener que aprender a hacer chapuzas, y que al final se transformó en vivienda para los pequeños. Se olvida de la persiana metálica de Morel, el tendero de enfrente, reventado por un pan de plástico, una mañana de junio del 62^[3]. Se le olvida la visita de dos miembros de la Policía Secreta que le rogaron que escogiese mejor su clientela. Qué graciosa, mamá se olvida de que las guerras existen.

—Los chicos, ¿están bien?

—Sí, están bien, están abajo.

—¿Qué hacéis en Navidad?

—Estaremos los cinco juntos.

—A mí, Robert me lleva a Chálons.

(Chálons —sur— Marne, pobre mamá.) Digo: